

Como palabras de bienvenida y despedida de la sesión dedicada a Sherlock Holmes de los *Sábados Negros* celebrada en la madrileña librería *Traficantes de Sueños* (Embajadores, 35) escogimos leer unos versos.

En 1985, Alianza Editorial publicó *Los Conjurados* ; libro que, a la postre, sería el último de Jorge Luis Borges quien moriría solo unos meses más tarde. El poemario abarcaba *“unas cuarenta composiciones”* de las que el autor esperaba que atesorasen, al menos, *“una sola línea secreta, digna de acompañarte hasta el fin”*.

Es un libro sobrecogedor por la entereza con que el poeta (*“absuelto de las máscaras que he sido”*) aguarda fallecer (*“en la muerte mi total olvido”*) y entretiene la espera (*“ a mi penumbra el hábito del verso”*) reuniendo sus últimos sueños (*“fueron dones de la noche, o, más precisamente del alba,”*), ordenando sus recuerdos (*“el pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente”*) y aceptando, sereno, el irrevocable final (*“... eres olvido. Eres también aquello que has perdido”*).

El poema *Sherlock Holmes*, dado el tono elegíaco y onírico del libro, tal vez pudiera resultar discordante o inadecuado. Tal vez no; reveladoramente situado hacia la mitad del volumen y compuesto en clásicas cuartetos alejandrinos; el recuerdo de la fascinación de Borges por el detective, su evocación como un eterno caballero andante, parece desprender al poeta de su ensimismamiento (*“juguemos con el lodo”*) y concederle un respiro dichoso (*“También es nuestra suerte”*) antes de devolverle (como corroboran los poemas de la segunda mitad del libro) a su resignada, aceptada y cruel desesperanza (*“Solo me queda la ceniza. Nada”*).

Jabez Wilson

***Sherlock Holmes.* Jorge Luis Borges**

*No salió de una madre ni supo de mayores.
Idéntico es el caso de Adán y de Quijano.
Está hecho de azar. Inmediato o cercano
lo rigen los vaivenes de variables lectores.*

*No es un error pensar que nace en el momento
en que lo ve aquel otro que narrará su historia
y que muere en cada eclipse de la memoria
de quienes lo soñamos. Es más hueco que el viento.*

*Es casto. Nada sabe del amor. No ha querido.
Ese hombre tan viril ha renunciado al arte
de amar. En Baker Street vive solo y aparte.
Le es ajeno también ese otro arte, el olvido.*

*Lo soñó un irlandés, que no lo quiso nunca
y que trató, nos dicen, de matarlo. Fue en vano.
El hombre solitario prosigue, lupa en mano,
su rara suerte discontinua de cosa trunca.*

*No tiene relaciones, pero no lo abandona
la devoción del otro, que fue su evangelista
y que de sus milagros ha dejado la lista.
Vive de un modo cómodo: en tercera persona.*

*No baja más al baño. Tampoco visitaba
ese retiro Hamlet, que muere en Dinamarca
que no sabe casi nada de esa comarca
de la espada y del mar, del arco y de la aljaba.*

*(Omnia sunt plena Jovis.¹ De análoga manera
diremos de aquel justo que da nombre a los versos
que su inconstante sombra recorre los diversos
dominios en que ha sido parcelada la esfera.)*

*Atiza en el hogar las encendidas ramas
o da muerte en los páramos a un perro del infierno.
Ese alto caballero no sabe que es eterno.
Resuelve naderías y repite epigramas.*

*Nos llega desde un Londres de gas y de neblina
un Londres que se sabe capital de un imperio
que le interesa poco, de un Londres de misterio
tranquilo, que no quiere sentir que ya declina.*

*No nos maravillemos. Después de la agonía,
el hado o el azar (que son la misma cosa)
depara a cada cual esa suerte curiosa
de ser ecos o formas que mueren cada día.*

*Que mueren hasta un día final en que el olvido,
que es la meta común, nos olvide del todo.
Antes que nos alcance juguemos con el lodo
de ser durante un tiempo, de ser y de haber sido.*

*Pensar de tarde en tarde en Sherlock Holmes es una
de las buenas costumbres que nos quedan. La muerte
y la siesta son otras. También es nuestra suerte
convalecer en un jardín o mirar la luna.*

1. Todas las cosas están llenas de Júpiter